

EL ALBUM.

SEMANARIO DE LITERATURA Y CIENCIAS.

AÑO II.

MURCIA 24 DE AGOSTO DE 1877.

NÚMERO 33.

SUMARIO.

EL ESPÍRITU Y LA NATURALEZA, por Don Emilio Castelar.—EL PRINCIPIO, por Don F. Serrano de la Pedrosa.—LA NOCHE, por Don Adolfo Terrer.

EL ESPÍRITU Y LA NATURALEZA. (1)

Eternamente hubo empeñada larga competencia entre el Espíritu y la Naturaleza. La tierra estaba hecha y perfecta. Llevaba en sus polos ricos engarces de diamantinas nieves, entre cuyas facetas se rompían, como una infusión de etéreos rubíes, las rojas auroras boreales. Tenía por manto el océano, de franjas espumosas circuido, y bordado de estelas y fosforescencias mágicas como una túnica imperial de los tiranos de Oriente. Los bosques tropicales con sus flores inmensas, sus árboles gigantescos, sus ríos tan caudalosos como mares, sus bandadas de pájaros semejantes á ramilletes con alas; sus mariposas de todos los colores y todos los matices imaginables, ceñíanle un cinturón de rica pedrería. Y allá en lo infinito, que de corona le sirviera, brillaban desde el sol y el sol de los soles hasta los planetas y sus pálidos satélites, con enjambres de aereolithos y gasas de nebulosas parecidas á las áureas cintas que adornan una tiara persa.

La tierra, al nacer, se miraba con verdadero engreimiento en los anchos espejos del espacio, y viéndose tan hermosa decía que nada superior á ella se produciría en el Universo, porque nada puede superar á la Naturaleza, ni por ende al planeta, que es de la Naturaleza vivo y no igualado compendio. Pero el Criador que la oyera tan ufana, pobre luciérnaga apenas salida de su larva, díjole por medio de hermosísimo ángel có-

(1) Del álbum de la Excm. Sra. Doña Leonor Guerra de Pagán, copiamos esta magnífica inspiración del orador sin rival, del escritor inimitable, gloria de la edad presente.

mo podía hacer cosas más bellas aún que el Universo y más vívidas que la Naturaleza. No lo creyó la tierra y continuó contemplando embebecida sus florestas y sus selvas, las áureas arenas de sus desiertos y las luminosas estrellas de sus noches, los relámpagos de sus tempestades y las reverberaciones de sus gotas de rocío, el mundo de formas, de colores, de armonías que produce en sus múltiples combinaciones la vida.

Y el ángel bajó, y enseñó, no ya á la tierra sola, á todo el Universo, preso en el amor propio, pasión que se dilata hasta donde el sér se dilata, un vapor incierto: sin formas, sin colores, sin límites, extendiéndose fuera del tiempo y del espacio.

—¿Ves aquello? le dijo.

—Apenas lo descubro, respondió el Universo.

—Pues aquello es más hermoso que todos tus séres, más duradero, más vivido, más grande, más universal, porque aquello es un alma.

—¿Un alma! Y eso que apenas se vé ¡hade superarme á mi?

—Ha de superarte.

—¿Dónde tendrá una arquitectura como la arquitectura de mis montañas y de mis valles?

—En el Parthenon de Atenas, en el coliseo de Roma, en San Marcos de Venecia, en la catedral de Toledo, en la Alhambra de Granada.

Aparecieron todos estos monumentos tales como Dios los tenía dibujados antes de ser en sus arquetipos eternos. ¡Y nó se convenció la Naturaleza! Y preguntó:

—¿Dónde encontrará colores como mis colores y formas como mis formas?

Y el Ángel le mostró las figuras de Rafael, las paletas del Ticiano, del Veronés y de Murillo. ¡Y no se convenció la Naturaleza! Y preguntó:

—¿Cómo producirá una sonata semejante á

